

HURTADO VALERO, P. *EL GRAN JUEGO: METAFÍSICA PARA LUDÓFILOS.* 270 pp. MADRID, 2017: VISIÓN LIBROS

Arturo Sierra¹

Pontificia Universidad Católica de Chile

Este libro quizás debe leerse como una obra de metafísica-ficción. Del modo en que alguien interesado en física podría sentirse estimulado por Stanislaw Lem o Cixin Liu, autores de *ciencia-ficción* que exploran consecuencias remotas y especulativas de hechos físicos conocidos, así un lector que estudie Kant quizás se entretenga con esta “metafísica para ludófilos”. Se trata de un estudio que privilegia la riqueza del tema por sobre la árida búsqueda de certezas, si entendemos esto último como el objetivo tradicional de una investigación filosófica. El resultado es una lectura particularmente entretenida, pero la entretención del lector no debe tomarse como trivialización ni como liviandad filosófica. Un jugador de ajedrez sabrá que la diversión de una partida depende, precisamente, de la profundidad de cada jugada, que bien puede hacer correr la transpiración por la frente.

Por lo anterior, es difícil describir los objetivos de *El gran juego*; al menos, ¡es difícil hacerlo sin *spoilers*! Por cierto que la idea de un *spoiler* en un ensayo filosófico es bien peculiar, pero probablemente puede aplicarse adecuadamente a este caso. El libro no busca demostrar un punto, elaborar una teoría, criticar posiciones o prescribir una ética, sino jugar con las posibilidades de analogía y metáfora que ofrece la actividad lúdica para comprender la vida humana. Se trata de una exploración libre, una fantasía musical cuyo tema han rozado muchos filósofos de calibre sin dedicarle por ello una obra completa. Pero, si el juego es una actividad humana tan importante y rica como algunos autores clásicos señalan, seguramente merecía hace tiempo ya que se le prestara la atención que le dedica Hurtado.

El asunto de *El gran juego* está tratado al modo de su objeto, es decir, como un juego, mas “no para someter por capricho al paradigma del juego toda pretensión grave; es que, como la realidad, y toda realidad, consiste en juego (lo sospechamos), debe ser juego nuestra técnica para interpretarla” (p. 11). Esto tiene el efecto de redimir las reflexiones de Hurtado de la monotonía que tiene la serie de artículos que el filósofo profesional debe leer como parte de su investigación; es una obra que puede disfrutarse sin necesidad de fichar y trabajar el texto, puesto que, al avanzar como un juego por movimientos reflexivos, no pretende resolver las cuestiones que plantea tanto como jugar con las posibilidades que ofrecen.

¹ Programa de Licenciatura en Filosofía. E-mail: as.sierra@gmail.com



El primero juego que Hurtado plantea –después de algunas aclaraciones conceptuales– es un ajedrez fantástico. El objetivo de esta partida es distinguir entre el sentido interno y el sentido trascendente de un juego: es interno el sentido “de sus elementos y sus reglas” (p. 32), mientras que el externo es el sentido “del juego como totalidad”, que se ubica fuera de este, en los jugadores que se lo “imprimen al ingeniarlo y al entablar partidas de este juego: solazarse con un ejercicio de reflexión complaciente en un simulacro de batalla entre dos ejércitos” (p. 32). Pues bien, ¿cómo entendería su propia existencia una pieza de ajedrez que estuviera dotada de conciencia? Quizás desarrollaría una suerte de método científico que le permitiría inducir las reglas del juego, descubrir que hay casillas negras y blancas, que los alfiles se mueven en diagonal y las torres en línea recta, etc. Pero una pieza no tendría cómo deducir el sentido trascendente del ajedrez, puesto que desde el tablero no hay acceso alguno al mundo exterior de los jugadores. Y lo mismo sucede con nosotros, piezas en el juego del mundo, que no tenemos acceso a la mente de cualesquiera dioses que juegan con las vidas humanas.

Una reina en el tablero de este ajedrez fantástico podría desarrollar un interés por la metafísica y llegar a toda clase de especulaciones sobre el sentido de sus movimientos, aunque no podría nunca –de acuerdo a una crítica de corte kantiano– tener acceso a la realidad de Kasparov y Carlsen, pues esta trasciende a la suya propia, limitada a las sesenta y cuatro casillas que conforman su universo. Pero, ¿no refleja de algún modo nuestra propia experiencia vital un juego como el imaginado por Hurtado? Este punto de arranque conduce a toda clase de reflexiones que, aunque limitadas por las posibilidades de nuestro conocimiento, no se dejan coartar por el miedo a ir demasiado lejos. “Va siendo hora”, dice Hurtado, “de liquidar la fobia contra la metafísica, pues cercena las alas de nuestro espíritu”.

Apelo al criterio empirista hasta el paroxismo. Cuento con la experiencia, sintetizada por mí o recibida por otros, sobre cómo funciona el ámbito cósmico y lo que en él sucede; mas también cuento con la vivencia opaca por la que me siento en un juego que me desborda, y eso es también experiencia aunque al científico no le incumba (p. 38).

Así pues, considerando la vivencia humana como un juego, Hurtado emprende camino por la relación entre lo uno y lo otro, la capacidad de autoconocimiento, el azar, el significado de las palabras, la verdad y la falsedad, la libertad, la muerte y, en última instancia, el sentido de la vida, el universo y todo lo demás, como habría dicho Adams. Cometería un error el lector que esperara acerca de estos temas –o cualquiera de los muchos otros que trata *El gran juego*– conclusiones con pretensión de doctrina o ciencia segura, pues no se trata más que de “jugadas metafísicas”. Su valor radica, sí, en examinar la experiencia del mundo, tantas veces abrumadora y

vacía, como algo que se puede dotar de sentido, aunque este sea tan arbitrario como las reglas y el propósito de una partida en un juego de mesa.

La prosa de Hurtado es colorida y poética, rebosante de metáforas estimulantes. Parece elegir a propósito un vocabulario un tanto artificioso –que obligará a más de uno a consultar el diccionario en busca de algún arcaísmo–, probablemente con el propósito no solo de darle a su estilo un toque poético, sino también para jugar con palabras. Aunque, en general, el efecto está bien logrado, la verdad es que puede resultar un tanto cansino después de un rato, al menos para el lector acostumbrado a tener acceso rápido a los argumentos y que reserva las carambolas lingüísticas para la literatura. Algo similar podría criticarse de la estructura del texto, necesaria dada la variedad de asuntos que aborda con la metodología del mundo como tablero, pero algo episódica y repetitiva. En cualquier caso, solo pueden criticarse estos puntos con ánimo de encontrar defectos donde no necesariamente los verá el lector gentil.

Con todo, *El gran juego* quizás sí sea un poco decepcionante para quien espere un análisis de los juegos mismos, y no de la vida como juego. En este sentido, se echa de menos que Hurtado hable, por ejemplo, de la actual superioridad de los *softwares* en el campo del ajedrez y el go, tradicionalmente lugares de expresión privilegiada para el intelecto humano en cuanto tal. Las recientes partidas entre *AlphaZero* y *Stockfish* –dos de los mejores programas de ajedrez existentes–, fascinantes de analizar, demuestran quizás el potencial filosófico de este problema. Asimismo, Hurtado omite por completo la actual relevancia de juegos de computador, llamados *e-sports*, que cuentan con un enorme público y merecen atención, al menos como fenómeno social, pero también como particular renovación de la “ludofilia” entre los *millennials*. *El gran juego* habla del juego como metáfora de la vida, y no de la metafísica del juego mismo, cualquiera que pudiera ser. Por supuesto, se habría tratado de un ejercicio muy distinto, conque no puede reprocharse la falta de un estudio más detallado de diferentes juegos; sin embargo, queda advertido el lector acerca de lo que debe esperar en el libro de Hurtado.

En suma, *El gran juego* es una lectura que debe recomendarse ante todo a quienes buscan un tema fecundo e interesante, aunque solo sea para introducir algo de variedad en la lista de lecturas. No debe entenderse esto como que se trate de un libro trivial, sino que su principal atractivo radica, quizás, en las puertas que abre a reflexiones novedosas. Por lo mismo, a quien emprenda la lectura dispuesto a dejarse sorprender y dispuesto a jugar una que otra partida con Hurtado, *El gran juego* probablemente le parecerá una obra encantadora.